



¿Qué pretende Putin en Ucrania?

Las tensiones entre Ucrania y Rusia no han cesado en los últimos años. El interés de Putin y el intervencionismo ruso han atraído el foco internacional sobre una ex república soviética que acoge constantes movimientos militares

Los orígenes del conflicto

Ucrania atraviesa hoy una grave crisis política a causa del intervencionismo ruso y de sus propias carencias democráticas, padece una situación económica muy negativa y sus sucesivos gobiernos han sido incapaces de erradicar una profunda y extendida corrupción y de atenuar unas severas desigualdades sociales entre una oligarquía privilegiada y la mayoría de la población. En consecuencia, Ucrania es un Estado frágil e inestable, sobre todo desde las protestas del segundo Maidán en Kíev en octubre de 2013 pues, a partir de ahí, la polarización y los conflictos no han hecho más que agudizarse. En estas circunstancias, Rusia ocupó Crimea en 2014 y alentó la secesión de dos territorios (*oblasts*) del Donbás, autoproclamados como “Repúblicas Populares” de Donetsk y Lugansk, con gobiernos títeres al frente.

En su día, la “revolución naranja” (el primer Maidán), de noviembre-diciembre de 2004, fue una oportunidad perdida para dar paso a un genuino régimen democrático pues, en efecto, fracasaron tanto Viktor Yushenko como Iulia Timoshenko como reformadores prooccidentales y la alternancia de Viktor Yanukovich acabó provocando la crisis del régimen. Yushenko había negociado con la UE un acuerdo comercial que hubiera distanciado considerablemente a Ucrania de Rusia, mientras que su sucesor, Yanukovich, no lo ratificó y esto fue el detonante para las revueltas del segundo Maidán a finales de 2013 que provocaron la caída del segundo en febrero de 2014. Sucesivamente, Petró Póroshenko suscribió un nuevo acuerdo con la UE mucho menos ambicioso, a la vez que formó un gobierno con la inquietante presencia de una significativa fuerza de extrema derecha (el grupo *Svoboda*). De un lado, todos los gobiernos ucranianos han sido muy poco flexibles para reconocer el autogobierno territorial-

lo que ha favorecido a los prorrusos de Crimea y el Donbás-, y de otro, los lazos económicos con Rusia no se pueden cortar pues la interdependencia ha sido alta.

Visto con cierta perspectiva, puede argumentarse que Yanukovich intentó de entrada una “tercera vía” entre la UE y Rusia, si bien al final se inclinó claramente por ésta y optó por el uso desproporcionado de la fuerza contra los manifestantes opositores, lo que selló su suerte y su exilio, llevándose una buena suma monetaria, por cierto. El primer proyecto de acuerdo Ucrania/UE sin duda socavaba la influencia rusa, de ahí que

Vladimir Putin presionara con éxito a Yanukovich para que no lo ratificara, a cambio de contraprestaciones económicas rusas. Por tanto, chocaron dos proyectos políticos: o vincularse a Rusia o a la UE, pues no hubo tercera opción y, por lo demás, no puede negarse que la destitución de Yanukovich- que, en su día, ganó limpiamente las elecciones- presentó elementos cuestionables (para Rusia se habría tratado de un “golpe de Estado fascista”) (*sic*). La caída de Yanukovich implicó para Rusia una derrota y Putin se sintió amenazado, de ahí que en 2014 optara por ocupar Crimea y alentar la rebelión del Donbás.





La tensión actual

Rusia ha desplegado en la frontera oriental con el Donbás de Ucrania a unos 120.000 soldados que podrían ser 175.000 con contingentes bastante próximos: nunca antes se habían producido maniobras militares de esa envergadura en tal zona y, sin duda, se trata de una decisión potencialmente peligrosa. De un lado, Rusia afirma que en su territorio puede hacer las maniobras que retenga oportunas- según ha declarado el portavoz del Kremlin, Dimitri Peskov-, y de otro, esta operación de tintes “redentoristas” de momento ha sido favorablemente acogida por la opinión pública rusa *patriótica*.

En principio, no parece probable una invasión militar rusa a gran escala y general pues tendría un coste demasiado alto para Rusia. Además, pese a contar con el apoyo incondicional del dictador bielorruso Alexander Lukashenko, la crisis de Kirguizistán hace mucho más complicado intervenir en Ucrania. Ahora bien, desde un punto de vista puramente técnico Ucrania no tiene la menor posibilidad de resistirse con eficacia a una invasión rusa en toda regla: 1) en algunos choques directos de baja intensidad en 2014, 2015 y 2018 las tropas ucranianas fueron fácilmente derrotadas por Rusia, 2) la desproporción entre los Ejércitos de uno y otro país es abismal y 3) Ucrania no está protegida por Occidente al no ser miembro de la OTAN y aquí está la clave de todo. Esto no quita que Rusia tampoco

pueda romper la cuerda ya que, por ejemplo, necesita vender su gas a Europa y las sanciones económicas la están perjudicando bastante.

El Donbás

El conflicto del Donbás se inició en 2014 y en sus casi ocho años de duración, hasta el momento, ha provocado unos 14.000 muertos y cerca de un millón y medio de desplazados. El rígido centralismo de Ucrania acabó empujando a una parte de los habitantes de la zona- en su gran mayoría rusófonos- en brazos de Putin y Rusia ha repartido más de medio millón de pasaportes propios en los dos territorios rebeldes, con lo que ahora puede argumentar su “defensa” de *ciudadanos rusos*. Los separatistas pro-rusos controlan cerca de un tercio del *oblast* de Lugansk y del 40% del de Donetsk, habiendo proclamado dos “Repúblicas Populares”- que solo reconoce Rusia- tras unos referéndums celebrados sin las menores garantías en 2014: Donetsk, 74.8% de participación y 89.7% a favor de separarse de Ucrania; Lugansk, 81.0% de participación y 96.2% a favor de la secesión.

El conflicto del Donbás ha sido catalogado en ocasiones como “híbrido” pues es un escenario de una guerra de baja intensidad- salvo en algunos momentos-, con períodos de calma tensa y otros de violaciones del alto el fuego. Los combates- que a veces fueron intensos, si bien de corta duración- han provocado abundante destrucción, numerosas víctimas, abusos diversos y muchos desplazados y



refugiados. Los diversos altos de fuego se rompen muy a menudo, si bien los frentes prácticamente no se han movido en una situación de *impasse* por las dos partes. En cualquier caso, Rusia ha conseguido tener a Ucrania completamente bloqueada para sus expectativas de ingresar en la OTAN. Los dos Acuerdos de Minsk (Minsk I en 2014 y Minsk II en 2015) no han funcionado, pese a la mediación de Alemania y Francia y de la OSCE y a su aceptación por parte de Ucrania, Rusia y los representantes de las “Repúblicas” rebeldes. Es más, el Presidente Póroshenko llegó a aceptar reformar la Constitución ucraniana para reconocer la autonomía del Donbás, pero no pasó de la mera declaración.

Crimea

La península de Crimea tenía cerca de dos millones de habitantes, de los que unos 350.000 eran tártaros (la población originaria, expulsada por Stalin por supuesta colaboración colectiva- *sic*- con los nazis y “perdonados” después por Jruschov (un 17.5% del total de los crimeos). Antes de la invasión rusa de 2014 los ucranianos étnicos eran el 23%, pero hoy apenas quedan y, en todo caso, cabe retener el dato de que antes de 2014 el 40% de los habitantes de Crimea no eran rusófonos.

Crimea no ha pertenecido desde “tiempos inmemoriales” a Rusia pues fue incorporada al Imperio zarista en 1783 por Catalina II, tras arrebatársela al Imperio Otomano que, a su vez, desposeyó a los tártaros en 1441. En tiempos soviéticos había pertenecido a Rusia hasta que en

1954 Jruschov decidió “regalársela” a Ucrania, por cierto, sin respetar los procedimientos formales vigentes. Hoy Putin argumenta que la cesión de Jruschov fue un error, pero revisarla implica romper el pacto de disolución de la URSS en 1991 aceptado por todas las élites políticas soviéticas del momento. En enero de 1991 Crimea rechazó por el 93.2% de los votantes en un referéndum no reconocido, pertenecer a Ucrania, pero al disolverse la URSS en diciembre de 1991 el acuerdo fue el de aceptar sin cambios las delimitaciones fronterizas heredadas. El Presidente ucraniano Leonid Kravchuk anunció a continuación conceder autonomía a Crimea- que no se concretó- y en 1997 acordó con Rusia la cesión de la base naval de Sebastopol por veinte años. La ocupación rusa de Crimea en 2014 no solo supuso una flagrante vulneración del derecho internacional, sino la primera vez desde 1945 que un Estado europeo pierde territorio por una ocupación exterior y Putin aprovechó algunos incidentes en Crimea para ocuparla con el pretexto de “proteger” a los rusófonos, aunque no había ninguna amenaza de opresión étnica.

Con el puente de Kersch- que une Crimea a Rusia- ésta ha estrangulado la costa ucraniana del mar de Azov, lo que contraviene el Tratado de 2003 que estableció que serían aguas compartidas y ahora Rusia impone controles aleatorios a los buques que entran en el mar de Azov y ha capturado algunos: todo ello está resultando desastroso para el puerto ucraniano de Mariúpol que pierde millones de dólares por ese semibloqueo. Con el puente ruso, los



grandes buques ya no pueden entrar en el mar de Azov, lo que ha reducido el tráfico hacia Mariúpol en un 27% y Ucrania no puede hacer nada ya que su marina militar tiene 66 buques, mientras que Rusia tiene nada menos que 2.800.

Los Estados Unidos de América, la Unión Europea y la OTAN

El conflicto entre Ucrania y Rusia forma parte asimismo de la tensión entre los EUA y la UE, de un lado, y Rusia, de otro. En realidad, para Rusia la UE no es relevante, mientras que, en cambio, sí lo son los EUA: el Alto Representante de la UE, Josep Borrell, ha mostrado la “solidaridad” europea con Ucrania e intenta vincular este país a la seguridad comunitaria, pero- como es sabido- carece de medios de fuerza para ser realmente influyente.

Se han producido consultas entre Rusia y los EUA y conversaciones entre Putin y Joe Biden (diciembre de 2021), pero lo que ha trascendido oficialmente presenta escasas novedades: Rusia afirma que tiene derecho a “defenderse” y los EUA advierten que una agresión rusa a Ucrania daría paso a sanciones económicas muy severas. Por todo ello, es evidente que Ucrania se ha convertido en el principal problema para la seguridad europea y los líderes occidentales se debaten entre la retórica de *firmeza* y la necesidad objetiva de llegar a acuerdos con Rusia. Los EUA y la UE le piden a Rusia que rebaje la tensión y han anunciado que proporcionarán ayudas económicas a Ucrania: los primeros, unos veinte millones de dólares y los europeos, millón y

medio de euros. Las sanciones económicas aprobadas en 2014 se van prorrogando y, aunque no son despreciables, no han dañado excesivamente al régimen de Putin que ha podido compensarlas en parte con sus crecientes intercambios con China. En suma, el actual nivel de sanciones no es un freno suficiente, aunque si finalmente se produjera una intervención militar directa rusa en Ucrania, los países occidentales podrían suministrar armamento y asesores a Ucrania; claro que eso no haría más que intensificar la escalada pues Rusia rearmaría a los rebeldes del Donbás. En definitiva, la UE carece de fuerza y los EUA no se van a implicar nada menos que en una confrontación militar con Rusia y una vez más, la UE ni está ni cabe esperarla dada su crónica y estructural impotencia política y, además, está atrapada por el gas ruso y Alemania en particular por el gasoducto Nord-Stream 2, acabado, pero no inaugurado. Desde un punto de vista oficial, la OTAN afirma que Ucrania tiene pleno derecho a solicitar su ingreso en tal alianza puesto que es un Estado soberano. Por tanto, la OTAN (tal como ha señalado su secretario general, Jens Stoltenberg) no puede obligar a Ucrania a que no solicite su ingreso en la misma, a la vez que afirma que Rusia no tiene derecho a establecer su “esfera de influencia” en ese país, aunque éste es un argumento reversible que Putin podría utilizar en sentido contrario. Sin embargo, desde un punto de vista práctico es imposible que la OTAN incorpore a Ucrania mientras partes de su territorio estén fuera de su control: como pura hipótesis de laboratorio, si se produjera la adhesión tal como hoy está Ucrania, la



OTAN se vería obligada a intervenir militarmente en el Donbás y en Crimea, un escenario del todo inverosímil. Por tanto, oficialmente la OTAN no puede afirmar que Ucrania no tenga derecho a formar parte de la alianza, pero congelará indefinidamente la petición de ingreso de la misma.

La política de Putin hacia Ucrania

Toda la política de Putin en este conflicto es una combinación de ultranacionalismo y demagogia: desde su punto de vista, Rusia y Ucrania *siempre* habrían sido- en el fondo- *un* solo pueblo y, en cualquier caso, aquella tendría una suerte de derecho *natural a defender* a los rusófonos estén donde estén. Además, Putin ha señalado que la Ucrania soviética recibió territorios que siempre habían sido rusos, algo que- a su juicio- hoy tendría que revisarse. Al margen de que los argumentos historicistas suelen ser míticos, si se aceptaran eso obligaría a revisar *todas* las fronteras heredadas de la URSS, algo completamente inviable.

Como todo autócrata clásico, Putin atribuye las responsabilidades a “fuerzas extranjeras”, empezando por las “provocaciones” de la OTAN y acabando con las culpas de los supuestos “fascistas de Kíev” y, por tanto, el despliegue militar ruso en la frontera del Donbás tendría no solo plena justificación interna (Rusia puede desplegar dentro de su territorio todas las tropas que quiera y donde le parezca más oportuno), sino también externa: la “ayuda fraternal” a los rebeldes rusófonos de los territorios rebeldes. Así pues, tal despliegue sería

una mera “autodefensa” frente a las maniobras expansionistas y agresivas de la OTAN que habrían vulnerado la vieja promesa de no incorporar a Repúblicas exsoviéticas a la misma y que, en efecto, se rompió con la incorporación de los tres Países Bálticos.

Para Rusia, los rebeldes del Donbás serían “patriotas” que lucharían contra el “fascismo genocida” (*sic*) de Kíev, de ahí que sea imposible la reintegración de la zona en Ucrania porque no habría nada que compartir con su gobierno. Con estos razonamientos, Putin parte de la idea de que Rusia debe “tutelar” lo que en su jerga denomina el “extranjero cercano”, formado por las diez Repúblicas exsoviéticas que hoy forman parte de la Comunidad de Estados Independientes, a modo de su “patio trasero” y con Estados de soberanía limitada, en la más pura senda de Breznev.

Rusia considera que Ucrania es parte vital de los intereses de su espacio geoestratégico y toda la retórica ultranacionalista sobre el “glorioso pasado histórico común” es un mero recubrimiento del objetivo de fondo que es el de bloquear la ampliación de la OTAN hacia el este y si fuera posible la petición de que ésta se retire a sus fronteras de 1997, algo por supuesto completamente imposible. Putin quiere superar la “humillación” del retroceso de Rusia tras el fin de la URSS, a su juicio, “la mayor catástrofe geopolítica del siglo XX”. Putin entronca con el nacionalismo gran-ruso para el que Ucrania es simplemente la “pequeña Rusia” y que también incluye a la Rusia Blanca



(Bielorrusia) y de acuerdo con esta visión, Ucrania se vincularía históricamente a la creación del primer Estado ruso en el siglo IX, el *Rus* de Kíev; por tanto, aquella no sería más que una prolongación de su propia nación. Es decir, Ucrania no sería un *verdadero* Estado-nación, sino una creación soviética, hoy mal correspondida.

Si se aceptaran estas tesis, ello obligaría a cuestionar *todas* las fronteras heredadas de la URSS, lo que contravendría el pacto de disolución de la misma en 1991. Es cierto que ese acuerdo-suscrito solo por tres gobiernos (Rusia, Ucrania y Bielorrusia)- vulneró formalmente la legalidad vigente (aunque la URSS estaba, de hecho, finiquitada), pero el compromiso fue el de no alterar el mapa heredado y este pacto fue ratificado por Rusia en el Memorándum de Budapest de 1994, de ahí que resulte injustificable cuestionarlo hoy. Esta peligrosa retórica ultranacionalista ha provocado una escalada de amenazas: Putin ha advertido a Ucrania de que no intente recuperar el Donbás por la fuerza y ha recordado a la OTAN que Rusia dispone ahora de nuevas armas muy sofisticadas para disuadirla de cualquier intervención.

Más allá, hay dudas entre los analistas occidentales a la hora de interpretar las verdaderas intenciones de Putin: ¿se propone completar la conquista de Donetsk y Lugansk o ir más allá? Todo apunta más bien a un doble objetivo: 1) revisar el orden internacional para reubicar mejor a Rusia y restablecer un reparto del mundo al modo de un “Yalta 2” y 2) asegurar el “cinturón de seguridad”

con Estados-tampón exsoviéticos. En todo caso, Putin juega a la ambigüedad, aunque da la impresión de que quiere presionar más que invadir, por lo que el mensaje es así doble: Ucrania en ningún caso debe ingresar en la OTAN y la UE debe archivar sus amenazas económicas y poner en funcionamiento cuanto antes el gasoducto Nord Stream 2 que, en el fondo, necesita. Por tanto, parece bastante claro que el gran objetivo de Putin en esta crisis es el de impedir nuevas adhesiones de países exsoviéticos y, a la vez, exige garantías internacionales de que Ucrania será indefinidamente un Estado neutral, además de *neutralizado* de hecho por Rusia. En consecuencia, el despliegue militar ruso en la frontera del Donbás parece obedecer sobre todo a una estrategia de presión y aviso: es más útil la tensión que una costosa invasión militar a gran escala. Esta política de *firmeza* frente a Occidente da dividendos que Putin necesita puesto que en octubre de este año hay elecciones legislativas en Rusia y su partido podría perder la mayoría absoluta y además, esta tensión le sirve a Putin como prueba de fuerza para ver hasta dónde estarían dispuestos los EUA y la OTAN a llegar. Rusia puede convivir con problemas territoriales enquistados *sine die* en condiciones fácticas en general favorables a sus intereses pues ha creado varios “protectorados” propios: Georgia ha perdido el control de Abjasia y Osetia del Sur, Moldavia no controla el Transdniester y Ucrania ha perdido Crimea y el Donbás y solo en el caso de Armenia- aliada de Rusia- ha perdido pues



Azerbaiyán ha recuperado la mayor parte del enclave de Nagorno-Karabaj gracias al apoyo turco.

¿Y los ucranianos?

El Presidente Vladimir Zelenski insiste continuamente en que sus objetivos son ingresar en la OTAN y en la UE y restablecer la integridad territorial del país. Y, al mismo tiempo, espera recibir nuevas armas e instructores militares occidentales, aunque de momento sólo Turquía ha colaborado enviando drones. El problema es que, si Ucrania recibe misiles occidentales de largo alcance, Rusia no se quedará quieta y no sólo rearmará mucho más a los separatistas del Donbás, sino que podría optar por completar la conquista integral de los dos *oblasti*. Zelenski intenta que la OTAN sea mucho más firme y aunque los países occidentales defienden la soberanía y la integridad territorial de Ucrania es imposible que se involucre en un conflicto armado de modo directo en la zona. De un lado, las peticiones de Zelenski objetivamente cambian el actual equilibrio regional, y de otro, el Presidente ucraniano parece no ver que la OTAN no dará ningún paso real que pueda producir una confrontación directa con Rusia. En definitiva, Zelenski aparece como un Presidente débil- aunque no tenga una oposición interna con capacidad hoy de ser alternativa- y muy poco resolutivo y eficaz. Lo cierto es que, desde la anexión ilegal de Crimea, el rechazo ucraniano de los rusos ha aumentado mucho; de ahí que, paradójicamente, Putin haya cohesionado a la gran mayoría de los ucranianos (incluyendo a muchos

rusófonos) en contra de Rusia, a pesar de que tradicionalmente las relaciones cívicas entre ambos pueblos habían sido buenas y esto es lo que explica que hoy el 75% de los ucranianos desee integrarse en la UE.

Una nota conclusiva

En 2008 la OTAN prometió que “algún día” Ucrania y Georgia podrían ingresar en su seno, pero la situación de los dos países con partes de su territorio fuera de control hace imposible tal escenario y ya en su día, Henry Kissinger afirmó que, para mantener una buena relación con Rusia, Ucrania debe ser considerada como un Estado-colchón, se sobreentiende neutral. Rusia tal vez podría aceptar una eventual reintegración del Donbás en Ucrania si a los territorios separatistas se les reconociera un derecho de veto insuperable en algunos asuntos cruciales y una amplísima autonomía y, al mismo tiempo, tal vez asumiría el desarme del Donbás a cambio de que Ucrania renuncie para siempre a pedir el ingreso en la OTAN. Es cierto que la OTAN no le puede pedir a Ucrania que renuncie a pedir el ingreso porque está en su derecho, pero no puede ignorarse que, a efectos prácticos, Putin se ha salido con la suya al bloquear con la ocupación de partes de ese país tal eventualidad.

Cesáreo Rodríguez-Aguilera Prat

Catedrático de Ciencia Política

Universidad de Barcelona



Fuentes de referencia:

- P. Boira: “¿Qué está pasando en Ucrania? El giro europeísta del país intensifica la presión militar de Rusia en la frontera”, *Newtral*, 7 de diciembre 2021.
 - P. Bucero: “Nuevas tensiones entre Ucrania y Rusia”, *ANUE*, mayo 2021.
 - N. Chomsky: “La anticuada política de Guerra Fría de los EE.UU. empeora el actual conflicto entre Rusia y Ucrania”, *Sin Permiso*, 1 de enero 2022.
 - C. Claudín: “Un nuevo Yalta, la obsesión de Putin”, *El País*, 5 de enero 2022.
 - N. de Pedro: “¿‘Qué es Ucrania?’ Sobre la posible (nueva) escalada en la guerra ruso-ucraniana”, *Política Exterior*, 9 de abril 2021.
 - O. Dubrovina: “Il conflitto nel Donbas divide la Russia”, *Limes. Rivista Italiana di Geopolitica*, 6, 2021.
 - G.C. Gressel: “La amenaza de Rusia. El caso de Ucrania como ejemplo”, *La Vanguardia Dossier*, 82, 2022.
 - A.T. Gutiérrez del Cid. “Las claves del conflicto entre Rusia y Occidente después de Crimea y el conflicto con Ucrania”, *Foro Internacional*, LVII, 228, 2017.
 - I. Kohut: “L’Ucraina punta ancora a Nato e UE”, *Limes. Rivista Italiana di Geopolitica*, 6, 2021.
 - S. Marcu: “*Pax Russica*: ambigüedad geopolítica de las tensiones y conflictos en el espacio de la antigua Unión Soviética”, *Investigaciones Geográficas*, 55, 2011.
 - M. Milosevich-Juaristi: “Ucrania, piedra de toque para Occidente”, *ARI (Real Instituto Elcano)*, 22, 2017.
 - J. Morales (ed.): *Rusia en la sociedad internacional. Perspectivas tras el retorno de Putin*, Unisci, Madrid, 2012.
 - J. Pardo de Santayana: “¿Por qué a Rusia le interesa tanto Ucrania?”, *Documento de Análisis* (Instituto Español de Estudios Estratégicos), 25, 2021.
 - D. Pouchiline: “Donbass: ¿vers la sécession?” (entrevista), *Politique Internationale*, 172, 2021.
 - F. Scaglione. “Zelens’kyj l’equilibrista”, *Limes. Rivista Italiana di Geopolitica*, 6, 2021.
 - F. Scaglione: “Senza URSS niente Ucraina”, *Limes. Rivista Italiana di Geopolitica*, 11, 2021.
 - P. Telman Sánchez Ramírez: “El conflicto en Ucrania: el primer enfrentamiento serio de Rusia con Occidente durante la etapa de la Post-Guerra fría”, *Foro Internacional*, 56 (2), 2016.
 - V. Zelensky: “Ukraine: un pays sous influence” (entrevista), *Politique Internationale*, 172, 2021.
-



**Asociación para las
Naciones Unidas
en España**
United Nations Association of Spain

ENERO 2022

Published by:



**Asociación para las
Naciones Unidas
en España**
United Nations Association of Spain

With the support of:



**Generalitat
de Catalunya**

ANUE no hace necesariamente como suyas las opiniones expresadas por sus colaboradores.
